

para obrar así es necesario tener una fé muy débil y vacilante. Despertemos por tanto nuestra fé, si es que queremos vivir y morir bien, si es que queremos evitar el infierno. Despertemos, si, nuestra fé y Jesucristo, cuando ante El comparezcamos al abandonar esta vida nos repetirá lo que en el día de hoy dice al centurion: *Cumplase en tí segun has creído*¹. Y en lugar de arrojarnos á las tinieblas del infierno, nos abrirá de par en par las puertas del cielo y nos hará sentar á la mesa del eterno festin, en compañía de los bienaventurados. Amen.

1. *Sicut credidisti fiat tibi*. Quibus verbis Dominus fidei pretium et necessitatem iterum commendat. Non dicit: *Sicut petidisti fiat*, sed, *sicut credidisti*: ut intelligamus propter fidem ac fiduciam gratiam concedi. — *Sicut* indicat proportionem inter fidem et obtinendam gratiam adeo ut dici possit: *Quanta speras, tanto impetras*. Cui veritati consonat illud: *Fiat misericordia tua, Domine, super nos, quemadmodum speravimus in te*. Ps. XXXII (SCHOUPE, *Evang. illustr. dom. 3. post Epiph.*).

CUARTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

EVANGELIO

Continuacion del santo Evangelio segun san Mateo (VIII, 23-27).

En aquel tiempo habiendo subido Jesus á una barca siguieronle sus discipulos. Y hé aquí que se levantó en el mar una gran tormenta, de tal modo que la barca era cubierta por las olas. El sin embargo dormia. Entónces acercándosele sus discipulos le despertaron diciendo: Señor, salvanos, que perecemos. Y Jesus les dijo: Hombres de poca fé? porqué temeis? Y levantándose entónces mandó á los vientos y al mar y volvió á reinar la calma. Entónces todos los que presentes se hallaban quedaron llenos de admiracion y decian entre sí: ¿ Quién es este á quien el mar y los vientos obedecen?

(Cf. Marc. iv, 35-40; Luc. viii, 22-25).

Sequentia sancti Evangelii secundum Mattheum (VIII, 23-27).

In illo tempore, ascendente Jesu in naviculam, secuti sunt eum discipuli ejus. Et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus, ipse vero dormiebat. Et accesserunt ad eum discipuli ejus, et suscitaverunt eum, dicentes: Domine, salva nos, perimus. Et dicit eis Jesus: Quid timidi estis, modice fidei? Tunc surgens, imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna. Porro homines mirati sunt, dicentes: Qualis est hic, quia venti et mare obediunt ei?

CUARTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

PRIMER DISCURSO

Las tormentas de la vida.

I. Cuales sean. — II. Que Dios las quiera. — III. Porqué?

Mientras dura el tiempo consagrado á celebrar la memoria de la manifestacion de la divinidad de Jesucristo á los hombres, procura la Iglesia en su Evangelio de cada domingo llamar nuestra atencion hácia alguno de los hechos de la vida del Salvador que de una manera mas clara, terminante y precisa, haya contribuido á probar su divinidad á aquellos que tuvieron la dicha de ser testigos presentes de su vida mortal.

Por eso despues de habernosle presentado atrayendo al establo de Belen á los Magos por medio de milagrosa estrella; descubriendo despues un rayo de su divinidad en las palabras llenas de sabiduria que pronuncian sus lábios de adolescente en el Templo de Jerusalem y que llenan de asombro á cuantos le escuchan; despues de presentarnosle trocando el agua en vino en las bodas de Caná; curando al leproso de Cafarnaum y al siervo del centurion; en el dia de hoy nos le presenta apaciguando, por la sola virtud de su divina voz, una furiosa tempestad que en el lago de Genezaret — llamado tambien de Tiberiades ó mar de Galilea — se levantara mientras que sus discipulos embarcados en una débil lancha surcaban sus aguas¹.

1. Cum multa magna et miranda ostendisset Christus in terra, transit ad mare, ut ibidem excellentiora opera demonstraret, quatenus terre marisque Dominum cunctis se esse ostenderet... Ingressus ergo naviculam fecit turbari mare: unde sequitur: *Et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus.* Hæc tempestas non ex

Basteme, por el momento, haber llamado vuestra atencion sobre esta constante idea de la Iglesia, acerca de la cual hé insistido ya en diferentes ocasiones, y ocupemonos del Evangelio de este dia en particular. Corto es, en verdad, mas, como todos ellos, encierra importantes y provechosas enseñanzas. Siguiendo la costumbre establecida me limitaré sin embargo en el dia de hoy á no exponer á vuestra consideracion mas que una sola de estas enseñanzas, con el exclusivo fin y objeto de que la gusteis y comprendais mejor. Y esta instruccion ó enseñanza, la deducirémos del hecho mismo de la tempestad que sobre el lago de Genezaret se levanta, y en la que los Padres comentadores de las Escrituras están acordes en considerar como 'imagen de las tormentas de la vida presente'. Cuales

se orta est, sed potestati paruit imperantis, qui educit ventos de thesauris suis. *Psalm. cxxxiv.* Facta est autem tempestas magna, ut magnum opus ostenderetur; quia quanto magis fluctus naviculæ irruerant, tanto magis discipulos timor conturbabat, ut plus desiderarent se liberari per mirabilia Salvatoris (*ORIGEN. hom. vi. in diversos*). — Quia enim viderant alios Christi beneficia accepisse, non autem similiter aliquis æstimat quæ in alienis corporibus fiunt, et quæ in seipso, oportuit per familiarem sensum hos potiri beneficiis Christi: et ideo voluit hanc fieri tempestatem, ut per liberationem manifestiorem accipiant beneficii sensum. Erat autem hæc turbatio typus futurarum tentationum, de quibus Paulus dicit. II. Corinth. 1: *Nolo vos ignorare, fratres, quoniam gravati sumus supra virtutem.* Ut ergo daret tempus formidini sequitur: *ipse vero dormiebat*; si enim vigilante eo facta fuisset tempestas, vel non timuissent, vel non rogassent, vel neque posse ipsum tale sost. *Hom. xxix. in Math.*, aliqui facere credidissent (S. JOAN. CERY-

1. Mare quod Dominus cum suis transire desiderat; presentis sæculi tenebrosus accipitur æstus (*Venerab. BED. Expos. in Math. viii, 23*). — Tempestas fluctuum et ventorum est tentatio superbiæ, gula, luxuriæ, invidia, etc., uti pulchre docet S. Augustinus (*CORN. A LAP. Comm. in Math. viii, 24*). — Procella naviculam vexans, est quævis adversitas, tentatio, perturbatio, persecutio, Ecclesiam vel animam, sive interne sive externæ concutiens (*SCHOPPE, Evang. illustr. dom. iv, post. epiph.*). Es nuestra vida semejante á una travesia por el tempestoso mar del

sean estas tormentas, como Dios las permite y porque las quiere tal será el asunto y al propio tiempo la division de la instruccion ó discurso que en esta mañana ha de ocuparnos y al que os ruego presteis vuestra benevolenta atencion.

Quales sean las tormentas de la vida. — Semejante á un mar que atravesar debemos para llegar á la eternidad, es la vida. Constituyen las tormentas de este mar de la vida, los acontecimientos desagradables que sobrevienen durante la vida, bien estos acontecimientos sean del órden espiritual ó material, es decir, afecten al alma ó al cuerpo¹.

mundo. Consideremos: I. *La travesia que hay que hacer.* 1º Es el mundo un mar sembrado de escollos y peligros; con sus concupiscencias, sus plácemes y sus penas, sus escándalos, etc.; *transfretremus trans stagnum*; 2º la tormenta, elevanse por doquier tempestuosas pasiones. *Descendit procella venti in stagnum*; 3º nuestra alma semejante á débil *barquichuelo* vese impedida por las olas y en peligro de sumergirse á cada paso: *Ita ut navicula operiretur fluctibus.* — II. *El piloto.* 1º Jesucristo es el piloto, cuya omnipotente palabra sostiene el mundo... parece algunas veces como que duerme y nos abandona en el peligro que nos amenaza... mas su paternal Providencia vela sobre nosotros: *Ipse vero dormiebat.* — 2º Antes de socorrernos nos echa en cara nuestra poca fé y falta de confianza que nos hace dudar de su poder y bondad: *Quid timidi estis, modice fidei.* — 3º Con solo una palabra, trueca, cuando le place, el mas violento huracan en la mas completa calma: *imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna.* — III. *El termino y fin del viage.* 1º El termino es el cielo, nuestra verdadera patria hácia la que deben dirigirse nuestros descos y nuestras esperanzas todas; — 2º no debemos temer las tormentas y huracanes de esta vida, puesto que, á veces, nos ayudan para llegar mas pronto al puerto deseado. — 3º Entonces bendicérmos á la Providencia divina y la glorificáremos porque todo lo dirige y gobierna con sabiduría tan admirable: *Porro homines mirati sunt, dicentes: Qualis est hic? etc.* (Dehaut. *el Evang. expl.* 2. p. sect. 4 § 53).

1. Triplex mare exogitát D. Basilius, præter hoc materiale, in quo fluctuat navis apostolorum, mare turbulentum et innumeris tempestati-

Tormentas de la vida son, en efecto, las enfermedades, que nos asaltan á cada paso, sacaden nuestro pobre ser con violencia, arre-

bus concussum. Primum ponit in rebus humanis ac fluxis, que maris ad instar assiduo jactantur, et nunquam in eodem statu permanent: in hoc mari homines vel secundis rebus elati, vel adversis depressi, in naufragium incidere solent. Secundum mare in corde constituit, quod ab insurgentibus carnis affectibus, quasi flatibus impetitur, et perpetuo fluctuat: in quo multorum animi, quasi ingentia navigia voluptatis, doloris, iræ, timoris, et aliarum affectionum fluctibus frequenter obruantur. Tertium mare, inquit Basilius, est iter, quo tendimus in cælum; est enim id quasi via maris, que malignorum spirituum impulsibus incitatur, et tentationum procellis multum exstuat. In hoc mari contingunt illo naufragia circa fidem, de quibus Paulus. In hoc vitæ mari pluri mi post jejunia multa (verba sunt Basilii), post darum vitæ genus, post longas ad Deum preces, post uberos effusas ad Deum lacrymas, miserum fecere naufragium. Similes mercatori cuidam diviti, qui de multitudine comæteum gloriatus, vento secundo navem impellente, inter timendas maris procellas securus fluctuabat: naufragio deinde prope portum superveniente, omnium possessione simul et acervatim destituitur, et mille laboribus sudoribusque supportatis, uno tantummodo demonis impulsu, magno cum dolore perdidit. His adjici potest quartum mare, non minus periculosum, peregrinarum scilicet doctrinarum, in quo contingunt illa naufragia circa fidem, de quibus Christus, Luc. xxii, 31: *Ecce Satanas expetivit vos, ut cribraret sicut triticum. Ego autem rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua.* Qui ergo conturbat et quietat hoc quadruplex mare, Dominus exercituum est. Quietat autem et conturbat, ut cognoscant gentes potentiam ejus, quia contra Deum pugnare non est facile: *Eccli. xlvj, 8*; vel ut habent septuaginta Interpretes et Vatab., *ut cognoscant gentes arma ejus.* Stellæ, astra, elementa, maris tempestates, alique creature, arma ejus sunt. Contra hinc igitur Monarcham pugnare, nimis arduum est (PETR. POSNANIENS. *Institut. sacræ*, dom. iv, post. Epiph.). — Nihil familiarius est sanctis patribus, quam mundum hunc, in quo degimus, mari, et vitam nostram navigationi comparare: sicut mare corporum, ita mundus animarum periculis plenus est. Scopuli sint occasiones peccati; sirenes sunt voluptates; procellæ sunt tentationes; fluctus sunt passiones animi; pirate sunt perversi socii;

batanle las fuerzas, le hacen perder el equilibrio, le destrozan y arrancan una á una sus mas hermosas cualidades hasta que destruido por completo le arrojan á la tumba. Tambien son tormentas de la vida, la perdida de los bienes. A fuerza de trabajo, inteligencia y economia llegamos á alcanzar la posesion del bien estar, y aún de la fortuna en cuyo caso podemos dar legitima satisfaccion á nuestros gustos y deseos. Hay otros que nacen ya en la opulencia. Mas de pronto, se desencadena la tempestad: un juicio o proceso, un robo, una inundacion, un incendio, una quiebra; estalla la tormenta, descarga sobre nosotros, todo nos lo arrebató. — Tormentas de la vida son, las maquinaciones y atentados de nuestros enemigos contra nuestro honor. A causa de nuestra escrupulosa delicadeza en la gestion de los negocios, por nuestra fidelidad en cumplir los compromisos contraidos, por nuestra solicitud en servir á cuantos de nosotros necesitaban, habiamos logrado adquirir la pública estimacion y gozabamos de la consideracion de nuestros conciudadanos. Pero hé aquí que un dia algun vil y miserable tal vez por otros obligado, pronuncia sobre nosotros terrible calumnia. Y esa calumnia al pasar de boca en boca, viene á ser del dominio público, aún antes de llegar á nuestra noticia. Los que nos ven murmuran en voz baja á nuestro paso. Todos se alejan de nosotros. Muy pronto la pública estimacion en que estábamos truecase en desprecio, y nuestro honor, del que tal vez nos sentiamos orgullosos, tiene que soportar los ataques de la contraria y mala fortuna, y se vé tanto mas destrozado y abatido, cuanto mas alto lo habiamos elevado, cuanto mas puro é intachable conservádolo habiamos. — Tormentas de la vida son las desgracias y desdichas de nuestros parientes, que vienen á herirnos como de rechozo. ¡ Qué tormenta tan cruel para un padre, la ruina de su hijo! ¡ Para una madre que tormenta la muerte de su hija!

monstra marina sunt infernales inimici; naufragium denique est infelix interitus (CLAUS, *Spielleg. univers.* p. 3, dom. iv. post Epiph.).

1. De los peligros con respecto al cuerpo. — I. ¿ Como debemos conducirnos ántes del peligro? Adelantabase Jesus insensiblemente hácia

Pero todavía hay otras tormentas en la vida, mucho mas terribles y peligrosas: me refiero á las que atacan á los bienes espiri-

la orilla, instruyendo utilmente á sus discipulos; cuanto mas al mar se aproximaba, tanto mas los pueblos se aglomeraban á su alrededor. Era tarde; sin detenerse mas: *entró Jesus en el barco. Siguiéronle sus discipulos y les dijo: Vamos al otro lado del lago. Y una vez despedido el pueblo que le seguia, condujeron á Jesus en la misma lancha en que estaba y habia tambien otras lanchas que le seguian.* ¿ Podia uno acaso imaginarse que semejante expedicion emprendida por orden expresa del Hijo de Dios, del Salvador del mundo podía tomarse peligrosa? Sin embargo todos los que en ella le acompañaban mas de una vez se consideraron perdidos durante la misma... No es unicamente en el mar donde la vida y riquezas se hallan expuestas. Todos los elementos, la naturaleza toda, mil accidentes nos amenazan por doquier y nos asaltan en el momento ménos pensado: perseverar debemos constantemente en gracia de Dios y estar siempre dispuestos á comparecer en su presencia. Todos los dias debemos encomendar nuestra vida, bienes y persona queridas á la proteccion de Aquel que es Señor y dueño de los acontecimientos todos. Nada debemos hacer, nada emprender sin implorar ántes el auxilio de Dios, la proteccion de los santos ángeles, la intercesion de nuestros santos patronos y en particular de la Reina de los ángeles y de los santos todos; Qué teneridad el vivir enmedio de tantos peligros con una conciencia manchada por el pecado, el emprender viages y exponerse á mil peligros sobre el mar ó en la guerra en pecado mortal! — II. ¿ Cómo debemos conducirnos en el peligro? *Miéntras navegaban, durmióse Jesus. E inmediatamente se levantó fuerte tormenta. Desatóse sobre el lago tan terrible huracan que las olas cubrian la embarcacion, la lancha se llenaba de agua y estaban en peligro. Jesus sin embargo permanecia a popa y dormía. Entónces acercaronse á El sus discipulos y le despertaron diciendo: ¿ Maestro no os da cuidado que perecemos ¿ Señor salvadnos porque perecemos. Despertando entónces Jesus, les dice: ¿ Hombrés de poca fé porqué teméis? Es preciso durante el peligro obrar con gran energía y poner de su parte cuanto de uno dependa, es preciso rogar é interesar al cielo en favor nuestro con promesas sinceras y religiosos ó piadosos ofrecimientos; es preciso esperar lo todo de la bondad y omnipotencia de Aquel á quien se invoca, es preciso someterse á los*

tuales y eternos y nos hacen perder ó ponen en peligro los méritos que hemos adquirido por la práctica de la virtud, esto es la gracia y amistad de Dios y por último el cielo. Estas tormentas son las que conmueven nuestro corazón desde lo mas profundo del mismo, pues ya son los escándalos y seducciones del mundo, ya las sugerencias infernales del demonio, ya la indomable efervescencia de nuestras propias pasiones¹. En estas tormentas comienza nuestro

desiguio de la Providencia y á la voluntad del soberano Señor. Si pues una enfermedad amenaza en la actualidad nuestra vida, si una persecucion turba nuestra tranquilidad y nuestra fortuna, obremos y roguemos, sometámonos y esperemos. — III ¿Cómo debemos portarnos despues del peligro? *Levantándose Jesus, amenazó al viento y á las olas, y dijo al mar: Apaciguete. Inmediatamente el viento se calmó y cesó por completo. Dijo enseñuida á sus discípulos; Porqué temeis? ¿Dónde esta vuestra fé? Entonces quedaron presa de admiracion y temor muy grande. Decíase el uno al otro: ¿Quién es este que así manda á los vientos y al mar y á quien los vientos y el mar obedecen?* Una vez pasado el peligro debe nuestro agradecimiento prorumpir en alabanzas y acciones de gracias mezcladas de admiracion, de temor y de amor respecto de aquel que del mismo nos librará; debe traducirse nuestro agradecimiento por una pronta y exacta fidelidad en el cumplimiento de las promesas que hicimos durante la prueba, pero sobre todo haciendo un santo uso de la vida y tranquilidad que nos ha procurado. ¿Cuál de nosotros no se ha visto en cualquier apuro ó peligro, en ocasiones ó circunstancias críticas de las que no ha salido sino por milagro? Recordemos los beneficios que respecto al particular el Señor nos ha dispensado. ¿Qué agradecimiento le hemos por ello demostrado? ¿Era para que le ofendieramos de nuevo, era para que viviésemos como hasta entónces, para lo que nos conservó la vida? Ingratos le invocamos en el peligro, le prometimos ser fieles á su fé, y si del mismo nos libraba: nos ha librado de él y sin embargo hemos olvidado nuestras promesas y sus favores (Duquesne, Evang. med. 64 medit. 1^{er} p.).

1. *Conculcaverunt me inimici mei tota die, quoniam multi bellantes adversum me.* Ps. lv. *Quinam sint isti bellantes? sunt hostis noster accerrimus, Vetus Homo, ejus milites et satellites sunt passiones, cupiditates et pravi affectus, contra quos continuo pugnamus. Non alienus*

espíritu por obscurecerse como por vapores que se escapan del corazón. Si no llegamos á disipar inmediatamente esos vapores por medio de una vigorosa mirada retrospectiva de la fé á las celestiales verdades — como sucede muchas veces que el sol de la mañana disipa la niebla con la fuerza de sus rayos, niebla que se hubiera convertido en tormenta por la tarde, — no tardamos mucho en ver cada vez mas confuso nuestro camino, la senda del deber. Las mas claras y ciertas de nuestras obligaciones se presentan á nuestra vista como dudosas y nada extraño encontramos en los actos mas reprensibles. En este caso es cuando ya se levanta para nosotros el viento de la tormenta que ha de agitar nuestro corazón, entónces es cuando el mundo, el demonio, nuestras pasiones, cada uno de por sí ó todos juntos se arrojan sobre nosotros, asaltan nuestra alma. Rara vez podemos escapar al siniestro: cuan hermosos tesoros de pureza pierden los jóvenes en los ataques de tempestuosa incontinencia: caridad sin medida pierde aquella persona en una tormenta de venganza que su alma agita; toda una vida de honor sin mancha perece para estotro en una tormenta de ambicion. ¡Oh! cuán terribles, terribles y desastrosas son tales tormentas¹!

quærendus est, extra nos, qui vincatur, ait sanctus Laurentius Justinianus, intra nos armatus est hostis, videlicet prava cupiditas (CLAVS, *Spiciley. univers.* lib. V, n. 104).

1. De los peligros que tenemos respecto al alma. — I ¿Cómo debemos conducirnos durante el peligro? 1^o Es preciso durante el peligro temer, porque entónces de todo se trata, se puede en efecto, perder la gracia, la piedad y devocion, la inocencia, la fé, el alma, la eternidad. El mas pequeño peligro que amenace nuestra vida material nos llena de pavor: no es preciso que nos exhorten para que le temamos, exageradamente á veces le tememos, miéntras no damos importancia alguna á aquel peligro que puede arrebatarnos la vida de la gracia y precipitarnos en una eterna desdicha. 2^o Es preciso huir del peligro, porque pocos hay que salgan ilesos del mismo, sino que la mayor parte succumben. Huyamos pues de esos lugares, de aquellas personas, de esotras peligrosas amistades; destruyamos esos libros, aquellas canciones, tales grabados, estotros impúdicos cuadros; renunciemos á esos espectá-

Nadie hay que no se va expuesto á una ú otra clase de tormentas, á aquellas que pueden arrebatarnos los bienes materiales y á

culos, á esos juegos, círculos y corruptores pasatiempos. En el momento mismo en que conocamos que hay peligro para nuestra alma temblamos, espantémonos, huyamos. Si voluntariamente nos exponemos al peligro, si gustamos del mismo, si le buscamos, ya podemos considerarnos como medio vencidos y en él pereceremos. 3º Es preciso que estemos sobre aviso, porque los peligros son muchos y á veces están ocultos á nuestra vista. En todas partes los hay y á veces donde ménos podía uno sospecharlo. Si no está uno continuamente alerta, hallase de improviso atacado, engañado, seducido aún antes de apercibirse de ello. 4º Por último es preciso orar porque Dios únicamente es el que puede alejar de nosotros el peligro. Pidámosle por tanto cuotidianamente esta gracia para nosotros y para aquellos por quienes tenemos interés; pidámole antes de comenzar cualquier obra, al principio y en el curso de todos nuestros actos. — II. ¿Cómo debemos portarnos durante el peligro? 1º Es preciso huir ó combatir generosamente desde el principio. Si de pronto nos vemos metidos en algun peligro para nuestra alma, cuidemos muy mucho de adelantarnos por dicho camino, ni de permanecer al borde del precipicio, volvamos hácia atrás con espanto cual si hubiésemos visto infernal serpiente, rompamos aquella conversacion ó pasatiempo, salgamos de aquel lugar, rechacemos aquel mal pensamiento, aquellas importunas imágenes, cerremos aquel libro, apartemos la vista de tal ó cual objeto, dominemos y tengamos á raya nuestros sentidos todos; por poco que diferamos en tomar tales resoluciones, penetrará la tentacion en nuestra alma, ó mejor dicho, entrarémos nosotros mismos en la tentacion, seremos por ella vencidos y sucumbirémos. 2º Es necesario rogar. Por poco inclinados que á ello nos sentamos es sin embargo preciso hacerlo así, no dejemos ni un solo instante de repetir los nombres de Jesus y María y de exclamar continuamente: Señor, salvadme que perezco. 3º Es preciso tener confianza. La tentacion no ha de durar eternamente, despues de la tentacion vendrá la calma; ¡ que consuelo será entónces para nosotros el haber resistido y haber permanecido fieles á Dios! Parece, durante lo mas fuerte de la tormenta, que todo se ha perdido y que ya no hay mas remedio que abandonarse á la desgracia. Guardémonos bien

las que de los espirituales nos privan. Todos atravesamos el mar de la vida, todos á sus tempestades nos vemos expuestos. Por prudentes que seamos, cualquier temporal calamidad puede herirnos en el momento ménos pensado. Y por muy experimentados que seamos con respecto á la conducta que con nuestra alma hemos de seguir, jamás nos veremos garantidos contra la tentacion, contra una sublevacion de nuestras pasiones, contra un ataque del demonio. Los mismos santos tuvieron que experimentar dichas tormentas como nosotros las experimentamos y muchos de entre ellos con mayor fuerza que nosotros mismos. ¿Qué digo? La Santísima Virgen, la Madre misma de Dios tuvo que sufrir dichas tormentas mas que criatura alguna. ¿Qué mas? Jesucristo mismo no llevó á cabo nuestra redencion sino experimentando estas mismas tormentas y vencióndolas á todas. En el huesto de los Olivos, fué la tormenta de tal intensidad que rogó á su Padre la calmase si tal era su voluntad. Pero la voluntad de Dios era que luchase hasta el fin, y hasta el fin tuvo que luchar. — Esta última reflexion me lleva como por la

de creer en esta sujestion del enemigo. Miétras seamos poseedores de nuestro consentimiento, no hay nada perdido, ningun daño se nos ha causado. Si hemos sido victimas de alguna debilidad, si acaso cedimos en algo al enemigo, evitemos ceder en algo mas, reanimemos nuestro valor; si no es completa nuestra victoria oremos de modo que nuestra derrota no sea completa. — III. ¿De qué modo nos hemos de conducir despues del peligro? 1º Humillemonos. Pidamos á Dios perdon de nuestras culpas, que durante la tentacion cometimos, bien sea exponiéndonos á la misma, bien resistiendo debilmente. 2º Demos á Dios gracias por habernos sostenido durante el peligro y no haber permitido pereciesemos en él. 3º Tomemos, enfin, buenos propósitos y santas resoluciones para el porvenir, porque lo que en aquella circunstancia no nos ha acontecido puede en otras sucedernos. Que la penitencia, el recogimiento, la oracion, el trabajo, el temor, el evitar las ocasiones, el amor de Jesus, nuestra union con Dios, la frecuencia de sacramentos, nos sirvan de preservativos y recursos contra los peligros del porvenir (Duchesne, *El Ewang. meditado*, 61ª meditac.).

mano á exponeros la segunda verdad que se nos recuerda en la tempestad del lago de Genezaret á saber:

II. *Que es Dios quien quiere las tormentas de la vida.* — Leese en el libro de los Salmos que *Aquel que ha creado cuanto existe y ha querido en el cielo y sobre la tierra, en el mar y en los abismos, es el que empuja las nubes desde la extremidad del mundo, cambia en el Uvía los rayos y mueve los vientos de sus tesoros*¹. Segun se desprende de estas palabras y de la constante doctrina de los Padres se deduce que la tormenta que sobre el lago de Genezaret se desencadena, mientras que el Salvador y sus discípulos por el mismo navegaban, no estalló fortuitamente ó al acaso sino que fué suscitada expresamente por el Salvador mismo. Hé aqui lo que dice Orígenes acerca del particular: « No se produjo esta tormenta de por sí. Sino que obedeció á la voz de Aquel que la llamaba y que á su antojo promueve los vientos y tempestades haciéndoles salir de los lugares en que depositados se hallan los tesoros de la naturaleza². »

Lo que sucedió respecto á la tormenta de Genezaret sucede tambien respecto á las tormentas de la vida. Dios es quien la³ promueve. No dudemos ni un solo instante acerca de esta verdad, pues es tan cierta como la existencia del mismo Dios. Si verdad es que Dios existe, tambien lo es que Él es autor de todas las cosas, puesto que de otro modo dejaria de ser Dios, es decir soberano Señor del universo. Pero si Dios, por el mero hecho de ser Dios, es necesariamente el creador y dueño de todo cuanto existe, ¿ cómo hemos de suponer que sus criaturas todas no le han de estar sometidas y que obren contrariamente á su voluntad? Pues que ¿ creara Dios el mundo y no podria hacerse obedecer? Cesaria entónces en él mismo instante de ser omnipotente, y por lo tanto Dios. Pero es Dios y Dios omnipotente; y hé aqui porque nada para en el mundo sin su aquiescencia ó permiso, como dice el catecismo. Y hé aqui porque las tormentas todas de la vida, bien se

1. Ps. CXXXIX, 6 y 7. — 2. Orig. Hom. lib. VI.

refieran al cuerpo, bien al alma, Dios es quien las permite. Dios las quiere, repito, pues si, como afirma Nuestro Señor Jesucristo, que no cae un solo cabello de nuestra cabeza sin permiso de Dios,⁴ ¿ cómo habiamos de ser juguete de las tormentas de la vida si Dios eso lo permitiera?

Mucho ántes de la predicacion del Evangelio el Santo y paciente Job, tenia ya el pleno conocimiento de esta gran verdad y la creia firmemente. Por eso en medio de las aflicciones en que el infierno le sumiera exclamaba: *La mano de Dios es la que me ha herido*⁵. Y considerando sus hijos muertos, sus riquezas diseminadas, no decia: El Señor me habia dado todos esos bienes y el demonio me los ha arrebatado; sino que decia: El Señor es quien me los dió y el Señor quien me los ha quitado: *Dominus abstulit*⁶. Todo me ha sucedido, no como el demonio ha querido, sino como ha querido Dios.

Quando vino al mundo Aquel que habia iluminado é inspirado á Job, quiso confirmar con su propio ejemplo lo que ya por medio de su ilustre siervo enseñado habia. Considerando á su vez, en el momento mismo en que los Júdios en el huerto de los Olivos venian á apoderarse de Él, la terrible tormenta que iba á descargar sobre sí, dijo á Pedro que para defenderlo de sus verdugos habia echado mano á la espada: *Vuelve tu espada a la vaina! Qué! ¿ no he de beber acaso el caliz que mi Padre me ha preparado*⁷? Ya lo oís para Jesucristo, no son los soldados romanos, no son los Júdios, no son los verdugos, no es Judas, los que han sublevado al pueblo y levantado la tormenta en la que va á perder la vida; sino que es su Padre, Dios es quien la guia, Dios quien ha preparado el caliz de su Pasion que va á apurar.

Pensemos tambien así nosotros. En los contratiempos que nos sobrevengan, en las tormentas que sobre nuestras cabezas se desencadenen, no consideremos la mano del hombre, sino la de Dios. Los

4. Matth. x, 30; Luc. xii, 7; xxi, 18. — 2. Job. xix, 21. — 3. Job. i, 24. — 4. Joan. xviii, 11.

vientos eran en verdad los que en el lago de Tiberiades levantaban las olas, y las olas eran las que agitaban la barca. Pero los vientos y las olas no eran sino los instrumentos inconscientes de Dios; Él era quien desencadenó esos vientos y Él que les ordenó levantasen las olas. Lo mismo sucede con las pasiones de que somos víctimas, la enfermedad, es en efecto, la que arrebató á nuestro cariño un padre, una madre, una esposa, un marido, un hijo ó un amigo; tal vez la ignorancia de un médico es causa inmediata de su muerte; un incendio, el granizo, la inundación, ó la falta de moralidad de un cajero de un agente de negocios ó de un banquero, ó tal vez de un criado es causa visible y directa de nuestra ruina; la malicia de un enemigo que valiéndose de la vil calumnia nos hace desmerecer ó tal vez nos hunde por completo en la estima y credito públicos: mas ¿quién es él que envía la enfermedad, el incendio, el granizo, la inundación? ¿quién es él que ha permitido la ignorancia del médico, la falta de moralidad del banquero ó criado, la malicia del calumniador? Dios es quien así lo ha querido, Dios quien así lo ha permitido, Dios quien así lo ha dispuesto; porque Dios es de quien todo depende, y repito, nada pasa en el mundo sin su permiso.

Dios quiere por tanto que nos sobrevengan esas tormentas, grandes ó pequeñas que durante la vida nos asaltan. Pero como no es solo infinitamente poderoso, sino al mismo tiempo infinitamente sabio, no puede querer ni permitir estas tormentas sino por justos motivos y buenos fines. Esto es lo que me propongo demostraros al desarrollar la tercera reflexion que la tormenta del lago de Tiberiades nos sugiere, á saber:

III. *Porque quiere y permite Dios las tormentas de esta vida.* — Hallando san Juan Crisostomo de la tormenta del lago de Genezaret, dice que «Cristo levantó en el mar esta terrible tormenta, para que el movimiento de las olas impusiese temor á los discípulos y que este temor les obligase á gritar para que esos gritos pidiendo misericordia obtuviesen de Dios un admirable prodigio, y que el milagro á que diesen lugar produjese en los hombres una fé y ad-

miracion extraordinarias¹. » Hasta entónces, en efecto, no había Nuestro Señor operado milagros mas que sobretierra firme y el milagro de este dia demostraba que su poder se extendia igualmente sobre el mar y no reconocia limite. — Otro sagrado orador se expresa, acerca de este mismo asunto en estos terminos: «Quiso Cristo llevar á sus discípulos sobre el mar y hacerles experimentar el horror de espantosa tormenta, para que tuviesen como un preludio de las tempestades, tentaciones y persecuciones que les aguardaban en su apostólica mision. Esta barca por la tormenta combatida y en peligro de ser tragada por las olas del mar era para ellos, futuros pilotos del mundo imágen de los huracanos que mas tarde habian de combatir á la Iglesia, y á los que ellos habian de aprender á hacer frente con intrepidez, colocando su confianza toda en Aquel que se dignaba navegar con ellos y que por medio del profeta Isaías habia pronunciado estas animosas palabras: *Cuando pasaréis á través de las aguas, estaré entre vosotros y los rios no os sumergirán*².

1. S. Joan. Chrysost. *Comm. in Matth.*

2. March. *Ration. prædic.* iv. dom. post Epiph. — Is. XLIII, 2. — *Accipit autem (Christus) discipulos secum et in navi, ut ad utraque erigeret: et ad hoc quod in periculis non stupeficerent, et ad hoc quod in honoribus moderata de se autumarent: ut enim non magna de se sperarent, propter hoc quod aliis dimissis eos retinuerat, permittit eos fluctuari; ubi enim miraculorum ostensio erat, plebem permittit adesse; ubi autem tentationum et timorum arrepto, athletas orbis terrarum quos exercitaturus erat, hoc solos assumit (S. JOAN. CHRYSOST. *hom. xxix in Matth.*). — Non turbatur navis que Petrum habet, turbatur illa que Judam habet. Et ibi multa discipulorum merita navigabant, tamen adhuc illam perfidia proditoris agitabat, in utraque Petrus, sed qui in suis meritis firmus est, turbatur alienis (S. AMBROS.). — Ex quo opinione veducitur, semper timendum aliis, dum aliqui in aliqua communitate improbi sunt, et Deum offendunt. Nam et justi quandoque ob aliena demerita concutiuntur, et tribulationibus involvuntur. Propter unius peccatum dicitur, Jos. viii, 12: *Non poterit Israel stare ante hostes suos, eosque fugiet, quia pollutus est anathemate. Non ero ultra vobiscum,**

Permitió por tanto Jesus la tormenta del lago de Genezaret con dos fines : con él de su propia gloria y con él del aprovechamiento de sus discipulos. Y precisamente por estos dos mismos fines permite el Señor las tormentas todas que nos asaltan durante la vida.

Las permite y quiere en primer lugar por su propia gloria. A aumentar su gloria, en efecto, es á lo que van primeramente encaminadas. En efecto, cuando nos encontramos en alguna situacion difícil ó comprometida, cuando nos vemos juguete de la tempestad, ó nos vemos victimas de cualquier desdicha, cuando sentimos nuestra impotencia para hacerla frente y soportarla, volvemos enseguida á Dios nuestros ojos implorando su auxilio y dando así un testimonio á su omnipotencia y á su misericordia ; Cuántos hay que, sino fuera por los golpes de las tormentas de la vida, permanecerian olvidados de Dios y no le tributarían jamás el culto que le es debido ! Además, Dios despues de obligarnos á acudir á Él por los golpes que nos envia gozarse en escuchar nuestras preeces ; de modo que una vez que le tributamos el homenaje de nuestra dependencia, nos vemos obligados á tributarle él de nuestro agradecimiento ; en otros terminos, una vez que le hemos reconocido como dueño y señor, vemos obligados á reconocerle tambien como bienhechor. Y hé aquí, repito, el primer fin ú objeto que Dios se propone en las tormentas que sobre nosotros levanta por

etc. Similiter Deuteronomi, xxix, 18 : *Ne sit inter vos vir aut mulier, familia aut tribus, cujus cor aversum est hodie a Domino nostro, ut vadat et serviat diis aliarum gentium et sit inter vos radix germinans fel et amaritudinem.* Nempé, dum quis peccat in civitate, alii debent timere : quia ibi radix est germinans fel afflictionis et flagelli divini, ita ut nec securi sint justi ob aliorum delicta. An non propter inobedientiam Joannæ omnes in navi periclitabantur ? Non mirum igitur si naviculam Ecclesiæ adeo jactari videamus, quæ non unum modo vehit Judam, sed sane plures ei non absimiles, etiam ad clavum Ecclesiæ vocatos, et ad gubernacula admissos ; horum scilicet perfidia tempestatem ciet, navemque exagitat (MARCH. Rat. Prædic. Dom. iv, post Epiph.).

su formal voluntad ó con su aquiescencia, y que van dirigidas á obligarnos á tributarle la gloria y el honor que le debemos.

El segundo fin que el Señor con estas tormentas se propone, es él de nuestro propio aprovechamiento ¿ De qué modo ? O somos pecadores endurecidos y obstinados, ó somos cristianos tibios y flojos ó somos fieles siervos de Dios tanto por lo menos cuanto la humana flaqueza lo consiente. Si somos endurecidos y obstinados pecadores, envia Dios sobre nosotros las tormentas de la vida para castigar nuestros pecados y ablandar nuestro corazon. Por eso de nosotros mismos depende él que dichas tormentas sean por nuestro bien. Vense en efecto cuotidianamente hombres que, mientras gozaron de salud, fortuna y honores se condujeron como paganos, y que no han comenzado á servir á Dios sino cuando la enfermedad, la perdida de sus riquezas ú honores vino a herirles. La tormenta en que naufragó su salud, su fortuna, su posicion fué por tanto para ellos la mayor de las gracias que podia otorgarseles. Si somos cristianos débiles ó cobardes en el servicio de Dios, las tormentas de la vida, que ablandan á los mas duros corazones, conmueven nuestra alma y la despiertan de su sueño. Cuantas veces nos hemos resistido á la voz de los predicadores, á las exhortaciones y amenazas de nuestro confesor ; mas, generalmente no podemos fácilmente resistir á la prueba que Dios nos manda y que al arrebatarnos por ejemplo, un ser querido, recuerdanos que á nosotros mismos nos será preciso dar estrecha cuenta en su dia de las gracias recibidas y del bueno ó mal empleo de las mismas. — Por último, si servimos á Dios con todo nuestro corazon y no tenemos que acusarnos sino de faltas ligeras imputables á la humana debilidad mas bien que á nuestra propia malicia, tienen en ese caso las tormentas de la vida para nosotros la ventaja de ejercitar nuestra paciencia, perfeccionar nuestra virtud, y procurarnos méritos para el cielo. Por eso Dios no exceptua de esas tormentas ni á sus mas perfectos siervos. Bien por el contrario á veces enviales muchas tormentas mas fuertes y terribles que á los demás hombres, pues saben no han de perecer, sino que han de sacar de las mis-

mas inensos tesoros y riquezas. Un ejemplo tenemos en el Evangelio de este dia en que vemos á los apóstoles juguetes de terrible tormenta, aún cuando estaban en compañía de Jesus, miéntras que la muchedumbre del pueblo quedaba segura y tranquila á la orilla del lago. Así es que en cualquier estado en que nos hallemos las tormentas de la vida, son, segun los designios de Dios, ocasion de gracias y medios de salvacion!

1. Discipuli certe, ut sine Christo, ita etiam sine ullo periculo numero hoc stagnum trajecerant: nunc autem quando Christum secum vehunt, tantus procellarum exortus est tumultus, ut animum suum abjecerint, et omni spe vite destituti fuerint. Ita subinde fieri solet, ut, qui in hoc sæculo vocationi divinæ nondum obsequitur, nec præceptis Dei obtemperat, felicissimam vitam, sine ullo externo rerum suarum discrimine, vivat. Cum vero ad se in Ænavim recipit Christum, hoc est, cum incipit Christi obedire mandatis, mox oriuntur omnia afflictionum et adversitatum genera. Exemplo nobis sit Abraham, qui cum adhuc apud parentes suos idololatrias ageret, magna hujus sæculi felicitate abundabat, patria nempe Chaldæorum fertilissima, dulcissimisque amicis fruebatur. At dum contempta idolatria verum Deum colere inciperet, eiecitur e patria, privatur hereditate paterna et amicis, ac necesse habet in exilium proficisci et incertis sedibus vagari. *Gen. xi, xii, xiii.* Moyses dum in aula Pharaonis gentilium more viveret, tractabatur ut filius regis, et hæres regni; sed posteaquam derelicta aula contulerat sese ad suos Hebræos, ac veram religionem sectabatur, non solum regio honore destituitur, sed etiam e regione ægyptiaca, tanquam homicida eiecitur, et ex herede regis necesse habet fieri pastor ovium. *Exod. ii et iii.* — Israelitæ in Ægypto, magna ex parte idolatra, et ritu Gentium viventes, etsi graviter affligebantur, satis tamen habebant, quod ederent et biberent; sed cum vocationem Dei, que eos vocabat in desertum, sequerentur, facti sunt omnium rerum indigi, et interdum nec aquam habebant, quam biberent, ita ut ad Ægyptum respicerent, et alia et cepas ægyptiacas spirarent. *Exod. xxv et xxvii. Numer. xi et xx.* Et apud Jeremiam, c. *xlv*, palam se felicis in impietate, quam in pietate vixisse asserunt: dicunt enim ad Jeremiam: Sermonem, quem locutus es ad nos in nomine Domini, non audiemus ex te; sed facientes faciemus omne verbum, quod egreditur de ore nostro, ut sacrificemus

Conclusion. — Hé aquí cuanto deseaba decirnos acerca de estas tormentas que se hallan figuradas en la tormenta del Evangelio de

Reginæ cæli, et libemus ei libamina, sicut fecimus nos et patres nostri, reges nostri et principes nostri in urbibus Juda, et in plateis Jerusalem: et saturati sumus panibus, et bene nobis erat, malumque non vidimus. Ex eo autem tempore, quo cessavimus sacrificare Reginæ cæli, et libare ei libamina, indignimus omnibus, et gladio et fame consumpti sumus. — Occurrit et adhuc exemplum in Paulo, qui adhuc Ecclesia persecutor, multis honoribus afficiebatur; postquam autem conversus est, et factus Evangelii prædicator, quos non ab impiis hominibus et a falsis fratribus insultus, que non incommoda passus est? Unde ad Timotheum scribens, *II. Timoth. iii: Omnes, inquit, qui volunt pie vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur; quam Deus suis electis imittit variis ex causis.* — Quarum unam hæc est, quia tribulationes nos a peccatis purgant, tanquam enim aurum in fornace purgat, et variis adversitatibus probat electos suos Dominus, *Sap. iii: nam quod lima ferro, flagellum tritico, torcular vino, fornax auro, prælum oleo, sapo vestimentis; hoc tribulatio et lingua maledica est electis.* Sic David, cui incerta et occulta sapientiæ sue revelaverat Deus, dixit, cum malediceretur a Semei viro pessimo: Dimittite, ut maledicat mihi, si forte respiciat Dominus afflictionem meam, et reddat mihi bonum pro maledictione hac hodierna. *II. Reg. xvi.* Sic Maria soror Moysis per lepram, que homines facere solet abominabiles, purgata est. *Num. xii.* In tempore siquidem tribulationis Deus electis peccata dimittit. — Altera causa, quia tribulationes vos a peccatis præservant. Sic stimulus carnis Angelus Satanæ apostolo Paulo datus, ut eum colaphizaret, ne magnitudo eum extolleret revelationum. *II. Cor. xii.* Sic multi multa mala facerent, si corpore sani essent, si potestate præditi forent, si acrimonia ingenii pollerent, si divitiis abundarent. Filii Israel in dura servitute Ægypti boni fuerunt; liberati autem, sæpe Deum ad iram provocaverunt. David in longa illa et gravi et periculis plena persecutione Saulis, innocens et mundo corde permansit; *II. Reg. xii;* regno autem potitus et otio vacans adulter factus est et homicida; rursus populum numerari curavit, frustra inflatus sensu carnis suæ. *II. Reg. xxiv.* Hinc Dominus in hac vita subinde flagellat suos, ut eos probet, atque in suo officio contineat. Utilior igitur plerumque electis adversaria prosperitate

este dia. Todo el mundo ha de soportarlas necesariamente, puesto que la vida se halla de las mismas sembrada; de nada serviría por

est, infirmitas sanitate, paupertas divitiarum copiis, subjectio humilis potestate, ignobilitas claritate parentum. — Tertia causa est, quia adversitates nos ad Deum ire compellant. Hinc Psalmista, xv, 4: *Multipliatæ sunt infirmitates eorum*; postea acceleraverunt. Rursus, lxxvii, 34: *Cum occideret eos, quærebant eum, et diliculo veniebant ad eum*. Sic Nabuchodonosor, humiliter de seipso sentire cepit in sua afflictione, qui prius in abundantia sua et gloria superbus fuerat. Daniel. iv. Sic filius prodigus in paupertate et inopia a diaboli laqueis resipuit, qui in abundantia a patre recessit. Luc. xv. Sic filius reguli febribus æstuavit, ut occasione infirmitatis corporalis, et pater, et filius, et tota domus, per Christi gratiam, converterentur ad fidem. Joan. iv. Et nisi mulier Cananæ ex diro cruciatu charæ prolis, occasione accepisset accedendi ad Christum: et mater et filia in suis delictis et infidelitatis nexibus mortuæ fuissent. Matth. xv. Sic multi infirmitatibus gravati a diaboli laqueis, resipuerunt et ad cor redierunt, vitamque æternam promeruerunt, qui, nisi Dominus manum suam super eos paululum extendisset, damnati fuissent. Hinc Dominus Deus omnes maledictiones suas et plagas olim super Judæos induxit, ut ad eum reverterentur, et de peccatis suis poenitentiam agerent. — Quarta causa est, quia per adversitates homo meretur vitam æternam: Id enim quod in presenti est, momentaneum et leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternam gloriæ pondus operatur in nobis. II. Cor. iv. Et, Psalm. cxxv: *Qui seminavit in lacrymis, in exultatione metent*; nam pati propter Christum, magnam habet remunerationem. — Propter has igitur et similes causas, qui Deo ex toto corde servire intendunt, multas et varias patiuntur adversitates. Hinc dixit angelus Raphael ad Tobiam, Tob. xii: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit, ut tentatio probaret te*. Unde contra eum, qui se parat ad Christi militiam, armatur non solum diabolus, verum etiam subinde totus mundus: alius enim, quod incipis vana mundi relinquere desideria et poenitentia facere opera, te ridet; alius dehortatur et dissuadet; alius tuo honori detrahit; alius objurgat; alius suo te exemplo scandalizat. Et e centum non invenies unum, qui te confortet, promoveat et ad bonum perfectionis extimulet; siquidem, quod Paulus ait ad Timotheum, verum est, ut est sane verissimum,

tanto quejarse. Pero sabemos ademas que Dios las permite y quiere para su gloria y nuestro provecho. Léjos de quejarnos, por tanto inutilmente, procuremos sacar de dichas tormentas todo el provecho que sea posible: recordemos que Dios es quien las promueve y nos las envia, y acatemos en ellas su voluntad divina; elevemos hácia Él nuestro corazon y roguemosle nos auxilie y asista; esperemos confiadamente su auxilio y mientras tanto, resistamos al mal con indomable energía, pratiquemos la paciencia y ofrezcamos á Dios nuestras penas y angustias en desagravio de nuestros pecados¹. Si de ese modo obramos en medio de las tormentas de la vida no experimentaremos naufragio alguno, y llegaremos con toda felicidad al puerto de la felicidad eterna. Amen.

quoniam omnes, qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur. II. Timoth. iii. Recte ergo admonet Sapiens unumquemque nostrum, dicens, Eccli. ii: *Fili, accedens ad servitutem Dei, sta in justitia et timore, et præpara animam tuam ad tentationem* (EISENGREIN, *Positilla cath.* dom. v. post Nativ.).

1. Is qui pulsatur tentatione, faciat id quod faciunt nautæ in tempestate. *Primo* enim contrahunt vela, ne vento furente navim abripiant, rotent et mergant. Sic tentatus contrahat vela voluptatum detque se jejania et poenitentis. — *Secundo*, nautæ fugiunt in altum mare, ne in scopulos et rupes navim allidant; sic tentatus fugiat mundum et mundana, ac ad Deum velut salutis asylum recurrat, dicatque cum Psalte: *Renit consolari anima mea; memor fui Dei, et delectatus sum*. Psalm. lxxvi. — *Tertio*, nautæ vasa et mercès projiciunt in mare, ut navim onere levent; sic tentatus per contritionem et confessionem evomat grave peccatorum pondus, ut animam alleviet. Hinc Doctores docent illos qui navigaturi mare conscendunt, præsertim longum et periculosum, teneri confiteri, ut se in statu gratiæ constituent, utpote adituri mortis periculum et articulum, non unum, sed crebrum et multiplex. — *Quarto*, navarchus magno consistens animo et presenti pollens consilio, modos omnes indagat ad evitandum periculum. Idem faciat mens tentati. «Gubernator, ait S. Cyprianus, tract. *De Mortal.*, in tempestate dignoscitur, in acie miles probatur. Adversa non advocat a fidei virtute, sed